



HISTORIA
VERDADERA
DE LA PERDIDA Y RESTAURACION
DE ESPAÑA,
POR DON PELAYO Y DON GARCIA
GIMENEZ DE ARAGON.

SACADA DE DON RODRIGO, MORALES, PISA, JULIANO,
Y VARIOS MANUSCRITOS ANTIGUOS.

SU AUTOR D. HILARIO SANCHEZ ALONSO.

Barcelona: *Imprenta de Ignacio Estivill.*



RESUMEN DE LA HISTORIA.

ESTADO FUNESTO DE ESPAÑA. REINADO DE Don Rodrigo, y progresos con la Caba. Pronóstico sobre la pérdida de España. Traza el Conde Don Julian su traicion. Declárase la traicion, y se previenen unos y otros á la pelea. Batalla grande que se dió donde se perdió España. En qué paró Don Rodrigo. Estado infeliz en que se vió España con la entrada de los moros. Levántase Don Pelayo contra los moros. Causa de esta sublevacion. Libértase Don Pelayo de un grande peligro. Levanta Don Pelayo bandera, y se le agregan varios cristianos. Hácenle Rey. Viene contra él un formidable ejército, y prodigios que Dios obró en su defensa. Dá gracias á Dios de la victoria. Funestas muertes de Don Julian, los hijos de Uvitiza, el Obispo Oppas, muger é hijo de Don Julian. Toma de Toledo, y desastres y crueldades que obraron en ella los moros. Muerte desastrada de Munnuzá gobernador de Gijon. Segunda batalla de Don Pelayo con los moros, en que los vence. Queda sosegado Don Pelayo, y se dedica al gobierno de sus conquistados Estados. Su muerte. Levántase Don Garcia contra los moros, y toma à Ainsa. Viene contra él un poderoso ejército de moros, y los vence con poca gente milagrosamente. Aparicion de la Santísima Cruz. Bula de Confirmacion, que el Papa envió á los dos Don Pelayo, y Don Garcia de Reyes.

CON mil estragos de Religion y costumbres se hallaba el imperio de los Godos en España cerca de los años de 711, no solo por las parcialidades de los Grandes, que cada cual queria ser Rey de su mano, sino por las malas y sacrílegas leyes de Uvitiza, en que negó la obediencia al Papa. Concedió, que cada uno tuviese las mugeres que quisiese, y que los cléricos se casasen. Sucedió á

este malvado Rey Don Rodrigo, hijo del Infante Theodolredo, y nieto del Rey Chindesvinto, el cual andaba fugitivo de Uvitiza, que procuraba su muerte: pero tuvo tal maña como hacerse con gente, y dar contra Uvitiza; y cojiéndole preso, le sacó los ojos, y le hizo morir en prision: castigo que él merecia por sus maldades, y porque lo mismo habia hecho hacer con Theodofredo, padre de Don Rodrigo.



Entró á reinar éste, y tomó por su privado al Conde Don Julian, sugeto muy poderoso, y de muchos Estados en la Mancha, Andalucía, Africa y en Portugal. Este tenia una hija, llamada *Caba Julia Florinda*, que se criaba por Dama en el palacio del Rey. Aficionóse á ella el Rey Don Rodrigo por sus prendas y hermosura, é intentó hacerla muger suya, lo que tenia al Conde muy gozoso, y á ella bastante alegre. Pero el Rey no cumplió lo prometido, porque hizo vénir de Africa á Egilona, con quien se casó. Quedó la Caba tan sentida de la burla, como picado su padre del juego de la fortuna. Disimuló, no obstante, uno y otro el agravio, forjando en sus pechos la venganza. Cansose el Rey de los brazos de su esposa Egilona, y volvió á mirar con aficion á la Caba. Procuraba atraerla á sí, dándola á entender por señas y palabras sus pensamientos; y aunque temeroso á los principios, despues con bastante desahogo.

Resistiose la Caba muy á lo de noble, dándose por desentendida á las señas, y por agraviada á las palabras. Con el mismo brio que rechazó las promesas, y despreció los alhagos y caricias: y mas, que los recuerdos de la ofensa pa-

sada, en vez de ablandarla, elevaban y endurecian su voluntad. El Rey viendo lo firme y constante de Florinda, ó la Caba, consiguió por fuerza lo que no pudo por el alhago. Quedó la Caba hecha toda al dolor, viéndose deshonrada, y participó á su padre lo que el Rey habia ejecutado con ella, para que tomase venganza del agravio. Luego que Don Julian recibió la carta de su hija, en que le participaba la afrenta, saliendo fuera de sí, se dió á trazar la venganza, haciendo entonces de disimulado, hasta poner en planta sus trazas, en que sobrevino toda la infelicidad á nuestra España. Bien es, que ya algunos historiadores no atribuyen la causa de perderse España á la afrenta de Florinda; pudo ser sí espuela que avivó mas la traicion que ya el Conde Don Julian estaba trazando en Africa por favorecer á los hijos de Uvitiza, sus sobrinos: todo permision del cielo por la relajacion de la ley cristiana, que Don Rodrigo proseguia, como su antecesor pasado.

Manifestose bien en aquel pronóstico espantoso, que refieren algunos de los historiadores, que aconteció en Toledo, cuyo crédito es fuerza que se abrace, por los graves autores que lo cuentan. Habia

en Toledo, ácia la parte oriental, entre unas rajadas peñas, una Torre, fundacion antiquísima de Hércules. Esta estaba cerrada con muchos candados, la cual ninguno de los Reyes se atrevian á abrir, por lo que corria, de que quien abriese aquella Torre habia de perder á España. El Rey Don Rodrigo se burlaba de estos rumores, persuadiéndose que eran supuestos, para que no se abriese, ni se sacasen los ricos tesoros que en ella estaban escondidos; y asi se determinó á abrir la Torre, y entrando en ella acompañado de algunos, en vez de los tesoros que buscaba, hallaron solo un arca con un lienzo, donde estaban pintados hombres de diversos trajes, puestos á caballo, unos con lanzas, y otros con ballestas, coronados los cabellos con tocacas alistadas, al modo que los Arabes, y Moros africanos, y un letrado en latin, segun el arzobispo Don Rodrigo, que reducido al castellano, decia: *Quien abriere los candados de esta Torre perderá á España.*

Que laron todos atónitos, y el Rey mucho mas; y mandando cerrar la Torre, encomendólos, no dijese cosa de lo que habian visto. Todo esto aconteció antes que el Rey violentase á la Caba. En todo este tiempo el Conde Don Ju-

lian trazaba las cosas con el gobernador Muza, y determinó venir á España á verse con el Rey en Toledo, fingiendo algunas diligencias de importancia. Recibióle el Rey con todas demostraciones de alegría, y como brindándole con nuevas mercedes, temeroso quizá, que le contase la hija lo que ya él sabia. Todo lo advertia el Conde: conque asiendo mañoso de lo que le importaba, le pidió el gobierno de los lugares de Africa, tomando por causa, querer estar á la vista del Moro, para impedirle cualesquier invenciones. Todo se lo concedió el Rey, y mas que le pidiera.

Con esto levantó su casa, y con su muger Franpina se partió para el gobierno, dejando para mayor disimulo á su hija Florinda en servicio de la Reina. Antes de partirse conspiró á todos sus aliados y amigos, con elocuencia que pedian materias tan árduas, descubriéndoles su pecho, y lo afrentado que estaba; y que el designio de irse á aquellas partes, era por pedir ayuda al Moro Muza, para quitarle á Don Rodrigo la corona, y hacer que la obtuviesen los hijos de Uvitiza sus sobrinos. Ofrecióles á todos títulos, oficios, cargos, y gobiernos, y cada uno de por sí le ofreció acudirle con armas, vida, y

hacienda. Llegado el Conde á África, luego pasó á verse con Muza, con quien contrató el hecho, en razon de favorecer á los hijos de Uvitiza. Significóle la buena ocasion que se ofrecia, para hacerle señor de todo el imperio gótico. Encarecióle la facilidad con que podia conseguirlo, y combidóse, que seria el primero que dándole su ayuda, correria la campaña, asegurándole, que todos sus aliados y parciales habian de acogerse á sus banderas.

En tanto que se tramaba, volvió el Conde á Toledo, con el fin de llevarse consigo á su hija. Fingióle al Rey, que su muger Frandina quedaba en Africa enferma, y que la ausencia de su hija, y carecer de ella, la agravaba mas la enfermedad, y con sola su vista afianzaba su salud. Sintió el Rey el haberse de desprender de su idolatrada beldad; pero hubo de condescendérsele, con que se la llevó consigo. Todo ya dispuesto, se empezó á tantear la empresa, haciendo algunas correrias, en que se aseguró el moro de que aquello iba de veras. Aumentóse la gente del Conde, y sus aliados, y asimismo la del moro, y empezó la empresa con todo vigor. Llegó aviso al Rey, y turbado con la novedad, juntó la gente que pudo, y

despachó á su sobrino, Don Sancho, quien peleó con esforzado valor: pero fué vencido en varias ocasiones, y por último muerto.

Viose el Rey Don Rodrigo obligado á salir: juntó un grueso ejército, y en los campos de Jerez se dieron vista uno y otro ejército. Trabaron una sangrienta batalla: el Rey andaba de una y otra parte animando á los suyos; pero cuando vió que los dos hijos de Uvitiza, dejando el lado del Rey, se hicieron con los moros y demás rebeldes, desmayó mucho. Esta traicion degolló los brios á los que hasta entónces habian andado bizarros. Montó el Rey en un caballo, é hizo por sí tales bizarrías, que titubeó la bárbara canalla: mas nada fué bastante para no quedar vencidos los nuestros, y el moro triunfante. Dia el mas infeliz para España, quedando desde entónces perdida, despobladas sus ciudades, cautivos sus hijos, saqueadas sus riquezas, vueltas en llanto sus glorias, y desdorados sus blasones, la religion por el suelo, la fé cristiana estinguida, muertos sus ministros, deshechos sus santuarios, y derribadas sus iglesias. ¡Oh los daños que acarrea una deshonra!

El Rey Don Rodrigo, que hasta el fin de la batalla peleó

valiente, desapareció en un punto, sin que las ansias del vencedor pudiesen descubrirle, ni vivo ni muerto, solo hallaron su caballo á orillas del rio Guadalete, y las insignias Reales, la púrpura y corona sembrada por la arena. Su cuerpo nunca se halló, salvo lo que cuentan algunas tradiciones, rastreadas de un sepulcro que se halló junto á Viséo, ciudad de Portugal, cuya inscripcion dice asi: **AQUI YACE DON RODRIGO, ULTIMO REY DE LOS GODOS.** Dícese, que trocando el Rey sus vestidos con los de un pastor, se fué desconocido al monasterio de Cauliniana junto á Mérida, donde confesó sus culpas, y que despues se retiró á la áspera soledad de Pederneira en Portugal; y alli en compañía de un monge, llamado Romano, hizo penitencia, y acabó su vida. Este fué el fin de este Rey, bastante dichoso, pues con penitencia y llanto curó sus desaciertos.

Déjase ahora muy bien entender el triste y lamentable estado en que quedó conternada la España con su pérdida y furiosa invasion de los moros, por haber entrado esta gente soez, como ejecutora de la divina justicia, para castigar las enormes culpas de los lascivos Reyes. Esta fué la causa

de nuestra ruina, y no hay que alegar por causa de la misma el quejarse la Caba de su agravio, sino el haber quebrantado las sagradas leyes: pues S. Beda, y S. Bonifacio arzobispo de Maguncia, á los pecados atribuyen la pérdida de España, no á la que la Caba clamase.

Todo el cuidado de los cristianos en este lastimoso tiempo no era otro, que huir de la furia de los moros, esconder las reliquias, las sagradas imágenes, y sagrados libros, recogiendo á las asperezas de los montes: pero como los moros volaban en el alcance, muchos fieles no pararon hasta resguardarse detrás de las murallas que formó la naturaleza en las ásperas montañas de Asturias, Vizcaya, Alava y Navarra; porque en dos años ganaron los árabes las ciudades de Osma, Segovia, Plasencia, Astorga, y Amaya, con los demás lugares de la Bardulia, que era la provincia de Castilla antigua. Retiráronse pues los cristianos, llevando consigo lo mas precioso de las iglesias, teniendo siempre esperanzas, que se trocarian los tiempos, y hallarian algun alivio y amparo. Las imágenes sagradas, que no podian soportar, las ocultaban en lugares ásperos, ó para que con los tiempos las encontrasen los venideros; ó

para que aquellos bárbaros no las profanasen.

Referir las grandes vejaciones que entonces padecieron los cristianos, no hay papel para escribirlas, como tampoco el discrimen que padeció la religion católica. No obstante, haré relacion de algunas por comun, para que se vea al estado que vino la cristiandad. Esta relacion, aunque comun, será especial, por ser sacada de algunos manuscritos antiguos.

Por un privilegio, que Albozaen, nieto del moro Tarif, gobernador de Coimbra y su partido, consta, que los cristianos muzarabes (esto es, cristianos, que vivian debajo del dominio de los moros) pagaban doblado tributo que los mismos moros. Las iglesias pechaban veinte y cinco pesantes de buena plata; los monasterios cincuenta pesantes, y las catedrales cien pesantes de la misma plata. Pesante venia á ser la onza, que ahora llamamos peso. Para lo tocante al gobierno político, el gobernador moro nombraba un Conde cristiano en cada partido, para que sentenciase las causas, segun el fuero Juzgo Gótico; pero la sentencia de muerte no se ejecutaba sin que primero pasase ante el alcaide de los moros, y por la

vista le daban quince pesantes. Intimaron estas leyes: Que si el cristiano injuriaba á algun moro, el alcaide moro conocia la entidad de la causa. Si el católico incurria en estrupo con mora, incurria en pena de muerte si no queria casarse con ella. Si violentaba á mora, quedaba sujeto á pena de la vida. Si el cristiano entraba en alguna mezquita, y si no se reducía al mahometismo, tenia pena de muerte. A los sacerdotes se les impedia decir misa estando abiertas las puertas de sus iglesias.

Estos decretos abrieron la puerta á la malevolencia de los moros, para que aun sin haber dado motivo acusasen á los cristianos; y así Theodio, gobernador de los cristianos, descendiente del Rey Uvitiza, en la donacion que hizo al monasterio de Lorbán, dice, que por intercesion del abad, dos veces fué absuelto de la sentencia de muerte, y que eran muchas las opresiones, y continuos los tormentos que sufrían los católicos. Los cristianos que no permitieron verse sujetos á los árabes, padecieron inhumanas crueldades. El padre Venero, y el padre Prieto en sus historias manuscritas de Burgos, citando una donacion de Don Pedro primero, obispo en Castilla, dicen, que por haber-



se resistido la ciudad de Oca, mandó Abdelariz Iben Muz, que la entrasen á fuego y sangre. Pasaron á cuchillo al obispo y demás eclesiásticos, y la catedral redujeron á cenizas. No fué sola la iglesia de Oca la que se vió arder en llamas. El arzobispo Don Rodrigo asegura, que no hubo iglesia catedral que no padeciese ruina, ó que el fuego no la redujese á pavesas. Si quedó alguna en pié á los principios, fué para que despues llorasen las piedras, al verse profanadas con las sceces ceremonias de los mahometanos, y al mirarse convertidas en mezquitas.

Eran por extremo las vejaciones y burlas que hacian los moros á los cristianos, porque lo mismo era encontrarlos, que mofarles, y echarles muchas maldiciones. Los muchachos por las calles los perseguian, y con muchos oprobrios los ahuyentaban á pedradas, hasta hacerlos refugiarse dentro de sus casas, y aun en ellas no estaban libres. Cuando oian tocar las campanas de las iglesias para que acudiesen los católicos á los divinos oficios, á cuantos transitaban á ellos les blasfemaban, befaban y hacian mil irrisiones: á los sacerdotes cuando llevaban los difuntos á darles sepultura é iban, segun

costumbre, cantándoles los responsos, les remedaban y burlaban, y á veces les hacian huir dejando el cuerpo difunto solo en la calle, con quien hacian mil insolencias. En fin, en los caminos si cogian algun cristiano le trataban malisimamente, le robaban cuanto llevaba, y aunque se quejase, era poco atendido. Los árabes que se preciaban de doctos, escribe Livio, que ponian grande conato en pervertir á los católicos, para reducirlos al mahometismo.

Las iglesias y los monasterios, no solo padecieron su ruina en la entrada de los moros, sino que tambien la codicia de los malos cristianos se apoderó de las iglesias y monasterios mas principales; y algunos que eran mas detenidos y timeratos, en su lugar fundaron iglesias y monasterios pequeños, como consta de un testimonio del libro antiguo de la iglesia de Braga. Con la libertad que el Rey Uviza, y prosiguió el Rey Don Rodrigo, puso á los hijos del Siglo, dice un antiguo escritor, volvieron las espaldas á los preceptos de la ley evangélica, y á los decretos de los sagrados cánones, haciendo poco caso de la doctrina que les daban los prelados celosos, y demás ministros de la igle-



sia; y así llegó á dominar en ellos en tanto grado la codicia, en usurpar los bienes ajenos, y apoderarse de la rentas eclesiásticas, que llegaron á cerrarse muchas iglesias. Y por último, los malos y perversos cristianos con la compañía inicua de los moros, llegaron á perder de todo punto el santo temor de Dios, con que á qué extremo llegaría la infeliz y desdichada España?

Al cuarto año, despues que el Rey Don Rodrigo fué derrotado, que le cuentan algunos el año de 718, estando las cosas de España en tan miserable estado, estaba retirado con los demás españoles en Asturias Don Pelayo, príncipe valeroso, hijo del duque Fafila ó Favila, nieto del Rey Chindasvinto, primo y paje de lanza del infeliz Don Rodrigo. Este favorecido de Dios, y asistido de algunos valerosos soldados, como de otros señores, levantó bandera contra los sarracenos, y fué aclamado Rey de la manera que diré.

Tenia Don Pelayo una hermana muy hermosa, á quien deseó haber por muger un gobernador de la region de Gijon en las Asturias, llamado Munnuza ó Numacio: unos dicen que era moro, y otros que cristiano renegado del bando de los árabes. Este, para con-

seguir su intento, se hizo muy amigo de Don Pelayo, y le envió debajo de salvo conducto á Córdoba con embajada al gobernador Tarif. En este medio (que sin duda se valió de esta embajada para lograr sus fines) hubo en su poder á la hermana de Don Pelayo: si por fuerza ó á título de matrimonio, no se averigua: solo que cuando volvió Don Pelayo sintió mucho esta afrenta, y se llevó con disimulo á su hermana á lo mas lejos de las Asturias, donde con este sentimiento y el comun de ver la infidelidad de los moros, porque en las ciudades donde habian entrado, no dejaban mugeres casadas ni doncellas, para usar de ellas á su gusto, unas por amigas, otras por esclavas, no guardando pacto ni concierto de lo que habian prometido, padeciendo los cristianos la mayor miseria y esclavitud que se podia pensar, martirizándolos cada dia, por obligarlos á seguir su falsa secta: con esto se determinó el buen príncipe á hacer cuanto pudiese por vengar estas injurias.

Munnuza luego que echó menos á Don Pelayo y á su hermana, como burlado de lo que habia hecho, fingiendo mil embustes contra él, avisó con presteza al Gobernador Tarif, afeando mucho los hechos de

Don Pelayo. Mandó Tarif que le prendiesen y trajesen á Córdoba. No se descuidó de hacer esta diligencia Munnuza: envió luego á prender á Don Pelayo, el cual avisado, se huyó atravesando un rio que venia muy crecido, llamado Pionta, y ahora Bueña. Ibanle siguiendo bastantes soldados, y él viéndose entre ellos y las furiosas corrientes, dando de espuelas al caballo, se arrojó al agua, y pasando libre al otro lado, dejó burlados á los que le seguian, no atreviéndose ellos á hacer otro tanto.

Viendo Don Pelayo su peligro manifesto, y cuánto le convenia guardarse y defenderse, determinó levantar bandera, tocar cajas, hacer gente, y probar su ventura. Llegáronse muchos cristianos, que todos deseaban lo mismo; á los cuales con santas amonestaciones les puso en los ánimos nuevo esfuerzo y deseo de su libertad, como tambien de tomar venganza de los agravios hechos á la nacion española, religion cristiana, su iglesia, y á Dios. Todos los que estaban presentes con lágrimas de gozo, y encendidos en ira y celo santo, deseaban ya verse en ocasion de poner en ejecucion sus deseos; y para hacer esto con mas acuerdo, se fueron á una

montaña llamada Auseva, sobre el valle de Cangas, donde habia una cueva para poderse recojer, que está en una peña rajada, y en lo muy alto de ella tenia la boca á manera de una ventana; á la cual se entraba con grande dificultad y peligro de despeñarse. Llamóse *Covadonga*, y hoy se llama *Santa Maria de Covadonga*, por el santuario que alli ecsiste.

Esta fué la fortaleza que tomó Don Pelayo y los suyos. Puso en ella las armas que pudo, y mantenimiento por si fuese cercado. La gente que con él estaban eran hasta mil hombres, y todos de comun acuerdo le nombraron Rey. Los moros que supieron lo que pasaba, acudieron luego al remedio con un grueso ejército. Vino un capitán llamado Alcaima, maestro de la milicia morisca, y con mucha gente, así de moros como de cristianos, de los cuales seguian la parte del Conde Don Julian, y con ellos el obispo Oppas. Llegaron donde estaba Don Pelayo y su gente; y visto el lugar tan fuerte, determinaron hacer con maña lo que á su parecer no podian con fuerza. Llegóse muy cerca Don Oppas, y pidió á Don Pelayo se llegase, que tenia que hablarle. Era persuadirle que se rindiese, porque era cierto que había de ser venci-

do con tanta gente como le tenían cercado, que le ofrecia perdon y tierras en que vivir, y que no quisiese morir desesperadamente en manos de quien no le guardaria ninguna misericordia, sino que antes moriria como otros rebeldes y obstinados. A todo esto respondió el valeroso príncipe, concluyendo su respuesta, que habia de morir ó vencer.

Con esto los moros comenzaron por todas partes á acometer la cueva arrojando saetas, piedras, y dardos, que parecia lluvia. El socorro y defensa fué de Dios y de todos los Santos de España, que milagrosamente se vió que las saetas y piedras, con los dardos, se volvian contra los moros. Visto este milagro por los cristianos, y que tenían de su parte á su Dios, salieron de la cueva Don Pelayo y los suyos; y advirtiéndolo que el cielo peleaba por ellos, acometieron á los contrarios de tropel y sin órden, los cuales atemorizados volvieron las espaldas: mas siguiéndoles el alcance los católicos, mataron hasta veinte mil moros. El obispo Sebastiano y otros, aun ponen mayor número. Aconteció asimismo otro milagro, que huyendo el resto del ejército cerca de la villa de Onís, una montaña que estaba cerca del rio Deba, se arrancó

y fué causa que un gran número de los bárbaros pereziesen y fuesen sepultados. Espanta la multitud que la peña tomó debajo; porque el referido obispo dice que murieron sepultados hasta sesenta mil, número que parece increíble: pero además de este autor, aseguran lo mismo Ambrosio de Morales y doctor Pisa.

Don Pelayo agradecido á Dios de esta gloriosa victoria, hizo una iglesia inmediata á la cueva, que hoy se llama *Nuestra Señora de Covadonga*. Cuando supieron los moros esta gran pérdida y derrota de los suyos, creyendo que el Conde Don Julian y los hijos del Rey Uvitiza habian sido causa de aquel destrozo por algun concierto secreto, que con el príncipe Don Pelayo tenían, luego los degollaron y tomaron cuanto tenían; y hay quien diga, que en Ceuta, donde estaban la muger y un hijo del Conde Don Julian, fueron despeñados por los cristianos, luego que supieron la victoria de Don Pelayo y la muerte de Don Julian. No ejecutaron lo mismo con la Caba, ó Florinda, porque ya habia muerto.

El arzobispo Oppas fué preso, y perdió luego la vida, y hay quien dice, que este fué castigo de lo que merecia; pues



asi en adelante, como en la toma de Toledo por los moros hizo mucho con ellos, para que fuese cogida, y no menos para que los cristianos, iglesias y monasterios padeciesen. Porque como los moros proseguian cogiendo varias ciudades, llegaron á la capital, que era Toledo, y la cogieron. Consintieron los moros que quedasen á los cristianos solo seis templos, exceptuando el templo mayor, que era la Sede catedral, que la querian para mezquita mayor. Los demás, que fueron veinte y ocho, los destruyeron, profanaron é hicieron mezquitas. Las iglesias que quedaron para los cristianos, fueron la de Santa Justa, San Torcuato, Santa Lucia, San Marcos, Santa Eulalia, y Santa Leocadia intra muros, cuyos cristianos se llamaron muzarabes.

Muchos ciudadanos de Toledo, temiendo la crueldad de los moros, desampararon la ciudad, y otros padecieron diversos y crueles martirios por la fè, consintiendo á ello el inicuo Oppas. Juliano refiere cumplidamente lo que pasó en el cerco, y condiciones con que se entregaron los toledanos; que fué á veinte y cinco de mayo del año setecientos y diez y nueve habiendo estado despues poseida de

vil canalla morisca trescientos y setenta y seis años. Cuando los moros cogieron la ciudad, padecieron martirio muchos; y entre ellos, dice este mismo autor, que murieron á manos de los moros David, Paulo, Sice-mundo, Severiano, Nancio, Triserico, Theodulo, pariente de S. Ildefonso, y otros muchos; mas todo se ejecutó, *vidente, et aprobante, ut creditur maledicto Oppane*. Esto se hizo á vista y aprobacion del maldito Oppas. Maldito llama Juliano á Oppas, arzobispo intruso, que tuvo parte y consintió en tantas calamidades y trabajos como se han referido; y asi murió como merecia, y el Conde Don Julian, su muger é hijo, con los Uvitzas, castigo que se les debía en pena de sus traiciones y maldades.

El gobernador de Gijon, Munnuza, tambien tuvo su merecido; pues noticioso de la gran batalla y portentosa derrota de los suyos, dejando el gobierno echó á huir; pero los nuestros le cortaron el paso en una aldea llamada Olalles, tres leguas de Oviedo, y sus naturales saliendo con chuzos y palos, acabaron con él miserablemente de modo, que no quedó en Asturias moro á vida que todos fueron muertes, y los que

se pudieron libertar de la muerte huyeron apresuradamente, y por caminos desconocidos, y que no fueron vistos.

A la fama de la milagrosa victoria acudieron muchos cristianos á reconocer á Don Pelayo por su Rey, y ofrecerse á su servicio, con que aumentó en grande manera su gente, y se fué apoderando de las Asturias, sin poca ó ninguna contradiccion, porque con la derrota pasada quedó el Moro muy escarmentado, y sin ganas de volver á nueva pelea por entonces. Créese, que consiguió otras victorias, aunque los historiadores no las dejaron apuntadas; porque le fué torzoso combatir varias plazas y gobiernos que tenían los Moros en las Asturias, donde en algunas hicieron bastante resistencia, mas en otras poca. Don Pelayo, luego que consiguió la principal victoria, fué sobre Gijon, y á fuerza de armas la asoló, y puso por el suelo en memoria de haber sido el lugar donde Manuza le deshonró á su hermana, y cometió la traicion. De la Infanta no se escribe en qué paró; pero se cree, que con tan buen abrigo, como el del Rey su hermano, pasaria dada á buenos y virtuosos ejercicios.

Pobló despues Don Pelayo

á Pavia, y mandó edificar el monasterio de Santa Eulalia de Belamio, empleando alli muchos de los despojos y riquezas, que habia cogido á los Moros, y en accion de gracias por la victoria conseguida. Insistian no obstante los Moros en perseguir; pero al fin viéndose una, otra, y otra vez rechazados, y con pérdidas considerables, ofrecieron á Don Pelayo una suspension de armas, mediante un tributo anual muy moderado: condicion, en que consintió el Infante, pareciéndole, y con razon, que no era poco ganar en aquellas circunstancias; porque andaban en su cuerpo los víveres tan escasos, que aun los del mayor espíritu discurrían, votaban por la necesidad de capitular.

No era la intencion de los Bárbaros dejar por mucho tiempo á Don Pelayo en la quieta posesion de su conquistado Estado, sino de volver luego sus armas contra él, y destruirle del todo. Pero en medio de eso, aprovechóse Don Pelayo de la tregua para fortificarse, disciplinar su gente, y animarla con estos primeros sucesos, y prevenirse de víveres: lo cual lo hizo muy al caso; porque los Moros distribuyeron al pie de cuarenta mil hombres en las cercanias de Asturias, con or-

den de contener á los pueblos reducidos, y de observar los movimientos de Don Pelayo. Mas viendo los mahometanos, que el principe se atrincheraba, que cada dia se iba engrosando mas el número de sus tropas, y que se declaraban por él todos los montañeses desde los Pirineos hasta Galicia, resolvieron atacarle, en la suposicion de sorprenderle; pero le hallaron tan prevenido, que no solo sufrió la carga con intrepidèz, sino que rechazó á los enemigos con tanto valor, que dejó rendidos veinte mil cadáveres en el campo de batalla, pereciendo los demás ya en los precipicios, y ya en los desfiladeros.

Con tales escarmientos tuvieron á bien los moros dejar á Don Pelayo; porque llegaron por entonces á tomarle miedo, con que quedó sosegado este príncipe, ocupándose en poner forma á todo lo que habia restaurado. Casose asimismo con Gaudiosa, de quien tuvo á Favila, y á Hermesenda, muger que fué de Don Alonso primero. Murió este gran príncipe restaurador á diez y ocho de setiembre del año setecientos treinta y siete en Cangas de Onis. Fué sepultado á la puerta de la iglesia de Santa Eulalia, que él habia edificado, y graves autores dan á este Rey título de Santo.

Asi como Don Pelayo tuvo en sus principios milagrosas victorias, tambien las tuvo el Rey Garcia Gimenez, el cual con el nuevo título de Rey de Navarra y Aragon, le vistieron de ánimo y fortaleza, para debelar á los moros. Juntó su gente que los que mas, se alargaron al número de seiscientos: mas asegurados con sus buenos deseos, y la justa causa que llevaban, mas que en las fuerzas y poder humano, confiaron en el divino. Fueron sobre Ainsa. Como llegaron impensadamente, la combatieron y tomaron con grande terror y espanto de los moros, tanto mayor, cuanto era el descuido con que estaban, y sin pensar, que los cristianos pudiesen acaudillarse, ni hacer guerra por aquellas partes, que todos se habian subido á los montes Pirineos. Esta victoria, como primera, y de tanta importancia, causó á los cristianos tanto gozo y deseo de continuar la guerra y conquistas, como lo habian acordado: pero cuando los moros supieron esta pérdida, fundaron todo su poder para recobrar á Ainsa.

El Rey Don Garcia dió gracias á Dios, y ordenó se dijese misa y renovase el culto divino en aquella nueva poblacion. Reparó asimismo los muros, y salió al encuen-

tro á los moros con la gente que pudo recojer, que á la fama de la victoria pasada era ya mas número, aunque mucho menos en comparacion de los moros que venian sobre ellos. Cuando el Rey y los suyos vieron tan numeroso ejército de bárbaros perdieron el ánimo y esperanza de vencer: y pareciéndoles no tener otro remedio, se aparejaron para morir, encomendándose á Dios, de quien les podia venir el socorro y favor en tan grande necesidad y evidente peligro; y asi implorando el divino auxilio, y al glorioso San Juan, en cuya cueva habian tomado la resolucion de la conquista, y hecho su eleccion, como los asturianos en la de Covadonga, levantando sus ojos al cielo, de donde esperaban el favor en el presente trabajo, vió Don Garcia, y tambien los suyos, sobre un roble una cruz resplandeciente, y como si en ella oyeran la voz que del cielo oyó Constantino el Magno: *In hoc signo vinces.*

Animados con la celestial señal, como si se vieran vencedores, dieron con tanto ímpetu y furia contra los enemigos, que el acometer y vencer todo fué uno. Murieron infinitos moros, y cogieron grandes y muchos despojos. Quedaron los mahometanos

desde entonces, atemorizados, y sin gana de volver á pelear con los cristianos; con que asi Don Garcia, como Don Pelayo fueron constituidos los primeros Reyes de España, y los primeros restauradores de ella, y que dieron principio á espeler de nuestros reinos tan soez y perversa canalla, como los moros.

Llegó á noticia de nuestro Santísimo Papa San Gregorio II la restauracion de estos católicos y valerosos príncipes, y envió una bula, aprobando la eleccion que los asturianos hicieron en Don Pelayo, y los navarros en Don Garcia. Merecido blason para estos cristianísimos Reyes: pues abrieron el camino á sus sucesores, para recuperar todo lo perdido por los Godos, y si bien se advierte; esta pérdida dió ocasionalmente á España el supremo lustre. Sin tan fatal ruina no se lograría restauracion tan gloriosa. Cuanta sangre derramó el cuchillo agareno en estas provincias, sirvió á fecundarlas de palmas y laureles. Ninguna nacion puede gloriarse de haber conseguido tantos triunfos en toda la larga carrera de los siglos, como la nuestra logró en ocho que se gastaron en la total espulsion de los moros. No se recobró palmo de tierra, que no costase

una hazaña. No se podia adelantar un paso, sin que las manos abriesen camino á los pies. No habia otra senda, que la que rompía la punta de la lanza. Y en fin, no habia movimiento sin peligro, no habia peligro sin combate, y por el número de los combates se contaban las victorias.

Bien es verdad, que interpuso la Omnipotencia muchas veces en nuestro favor extraordinarios ausilios: pero este es nuestro mayor blason. Tan unidos estaban los intereses del cielo y los de España, que

en los mayores ahogos de España se esplicaba como ausiliar suyo al cielo. Qué grandeza igual á la de haber visto los españoles á los dos celestes campeones, San Tiago, y San Millan, mezclados entre sus escuadras? Era el empeño de la guerra de España comun á la triunfante milicia del empireo; porque juntándose en los españoles los dos motivos del amor de la libertad, y el celo de la religion, quanto para sí ganaban de terreno, tanto aumentaban al cielo de culto.

FIN.

